

HONDURAS LITERARIA. LA POSIBILIDAD DE UNA (AUTO) PRESENTACIÓN

Águeda Chávez García*

El poder de recreación e interpretación de la realidad hondureña, por la vía de la legitimidad de la palabra escrita, vuelve realizable la posibilidad de auto presentación. Para ello la literatura, como retrato honesto, nos convoca a través de entramados narrativos y poéticos que emergen de la necesidad de habitar y expresar la esencia de la patria según sensibilidades distintas.

Palabras clave: auto presentación, patria, cultura, Honduras literaria.

Literary Honduras. The Possibility of a (Self) Presentation

The power to re-create and interpret the Honduran reality thanks to the legitimacy of the written word makes the possibility of self-presentation feasible. By providing a truthful portrait, literature thus calls us to action through narrative and poetic frameworks that emerge from the need to inhabit and express the essence of the homeland according to different sensibilities.

Key Words: Self-presentation, Homeland, Culture, Literary Honduras.

La posibilidad de una (auto) presentación

A lo largo de los siglos la literatura ha dejado su impronta en la sociedad. Asistimos en la literatura a una reconstrucción exclusivamente humana, racionalidad, en donde la palabra es la materia prima, voz polifónica, que desentraña el pensamiento, la realidad y las múltiples vetas interpretativas que permiten al escritor plasmar el mundo. Para Aldoux Huxley «El mundo al que se refiere la literatura es el mundo en que los hombres son engendrados, en el que viven y en el que, al fin, mueren: el mundo en el que aman y odian, en el que triunfan o se les humilla, en el que se desesperan o dan vuelos a sus esperanzas» (174). De este modo, la literatura hondureña ensancha en sus distintas representaciones literarias este mundo al que alude Huxley, asimismo, podría vincularse con

* Universidad Nacional Autónoma de Honduras.

otras conceptualizaciones, como la de Borges, quien la sitúa como un sueño voluntario, “dirigido” (en Cañete 302). En el imaginario literario, también se vislumbra, a manera de sueño, una estructura social equilibrada, un transcurrir digno de la condición humana con todas las acciones que esto implica, es decir, la utopía del paraíso o la “isla de los bienaventurados”. El escritor no es ajeno al trinomio: lenguaje, pensamiento y realidad.

Nos proponemos en este artículo de tipo cualitativo y descriptivo, explorar a través de los registros de entramados narrativos y poéticos, principalmente los escritos de finales de siglo XIX e inicios del XX, las primeras manifestaciones de esa necesidad de habitar y expresar la esencia de la patria desde la singular encarnación cultural del escritor hondureño. Para ello se ha recurrido a la bibliografía que testifica y sustenta nuestro objetivo. Esto refrenda, además, el poder creador de la palabra que busca la configuración de un escenario factible para la estabilidad y la dignidad humana en todo su contexto. Es así, como en el poema “Tardé mucho en saber lo que era patria”, los versos de Clementina Suárez lo legitiman: «Mírase en la patria el hombre / ¿O solo busca testimonio de su rostro en ella? [...]. / La patria se va recorriendo despacio, / descubriendo con cuidado, y una vez adquirida/ ya no está jamás lejana, / ni se gasta y compone a nuestro antojo» (177).

Honduras literaria

La historia de la Honduras literaria continúa escribiéndose. Varios autores nacionales y extranjeros han hecho aportes significativos por recopilar los escritos dispersos; el primer esfuerzo podríamos atribuirlo al connotado estudioso Rómulo E. Durón, quien compiló la obra de narradores y poetas hondureños de entonces, hasta finales del siglo XIX bajo el sugerente título de *Honduras literaria* y con el sello de la Tipografía Nacional en 1899. Por supuesto, antes de esta obra se registra el primer libro individual *Poesías* en 1882 por José J. Palma. Continúan otros trabajos de suma importancia, y más recientemente se encuentran: Oscar Acosta y Roberto Sosa con *Antología de la nueva poesía hondureña* (1967); de Raúl Arturo Pagoaga, *Antología de poetisas hondureñas: jardín de lunas* (1969); Atanasio Herranz con *Antología. Introducción al estudio de la Literatura Hondureña* (1983); Segisfredo Infante con *El libro en Honduras* (1993), José Francisco Martínez, *Literatura hondureña y su proceso generacional* (1987). La escritora Helen Umaña destaca en el aporte con *Literatura hondureña contemporánea: ensayos* (1986), *Ensayos sobre literatura hondureña* (1992), *Estudios de literatura hondureña* (2000), *La novela hondureña* (2003) y *La palabra iluminada: el discurso poético en Honduras* (2006); Ada Luz Pineda

de Gálvez, *Honduras, mujer y poesía: antología de poesía hondureña* (1998); José González: *Cronología de la literatura Hondureña del siglo XX* (2008), *Carías y los intelectuales de su época* (2016), se incluye el interesante blog literario que mantiene desde el 2011; José D. Lazo, *Voces de la literatura hondureña actual* (1994); Jorge A. Amaya, *Las imágenes de los negros Garífunas en la literatura hondureña y extranjera* (2007); y, así, se suman muchos valiosos estudios que resaltan la andadura individual o colectiva de los hombres y mujeres escritores.

Por otro lado, Centroamérica asiste en la segunda década del siglo XIX a una época de torbellino político producto de los resultados de las luchas por las independencias de sus naciones. Honduras se independiza de España en 1821, lo que permite la conformación de una entidad nacional política y jurídica. El hondureño Francisco Morazán¹, ahora personaje histórico en el contexto político americano, se convierte en presidente de Honduras en 1827 desde donde ejerce liderazgo militar, esto le permite ser presidente de la República Federal de Centroamérica entre 1830 y 1838. Este pasaje político en torno al héroe centroamericano da a luz importantes escritos literarios en su homenaje. Surge una ingente cantidad de libros e importantes antologías, en las que se registra a los intelectuales de los diferentes rincones latinoamericanos que han dedicado poemas patrióticos a Morazán, entre ellos, Roque Dalton, Rubén Darío y Pablo Neruda: de este último sobresalen los siguientes versos inmortales recopilados por Sebastián Martínez; del poema “Morazán”: «Alta es la noche y Morazán vigila / ¿Es hoy, ayer, mañana? Tú lo sabes. / Cinta Central, américa angostura / que los golpes azules de dos mares / fueron haciendo, levantando en vilo / cordilleras y plumas de esmeralda; / territorio, unidad, delgada diosa/ nacida en el combate de la espuma» (89). Con el ideal vigente del pensamiento morazanista, las utopías no han envejecido en la realidad ni mucho menos en la literatura, desde donde se perfilan importantes estudios desde las universidades, antologías y encuentros de escritores centroamericanos en símbolo de unidad.

La historia hondureña aglutina una cantidad importante de personajes que llegaron al territorio con diferentes fines y en diferentes momentos; es impor-

1 José Francisco Morazán Quesada fue un militar y político nacido en Tegucigalpa, Honduras en 1792. Último presidente de la República Federal de las Provincias Unidas del Centro de América. La unión centroamericana, formada por Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, se había formado en 1823, durante la presidencia del conservador Manuel J. Arce. Bajo la venia del presidente Dionisio Herrera, Morazán inició su carrera política en el Estado de Honduras. En 1842 proveniente del exilio en Perú desembarcó en Costa Rica donde tomó el poder por muy poco tiempo; antes de que pudiera poner en marcha su plan para reconstruir la unidad centroamericana fue capturado y fusilado el 15 de septiembre de ese mismo año.

tante mencionar el favorecimiento de la ubicación geográfica y la riqueza natural que siempre ha ofrecido el territorio. Entre estos visitantes se cuentan viajeros², comerciantes, políticos, diplomáticos e intelectuales formidables, entre otros. De los hombres de letras que arribaron a este suelo y que colaboraron a formar una clase letrada, según Jorge Amaya, están Antonio Maceo, Tomás Estrada Palma, José Martí y José Joaquín Palma; asimismo, Nicolás Guillén, Porfirio Barba Jacob, Rafael A. Martínez, Salvador Maldonado, Rubén Darío – primero siendo un niño, luego de paso en su último viaje hacia Nicaragua– y en época más reciente, y con claro afán de divulgación intelectual o institucional, se suma Miguel Ángel Asturias, Luis Mariñas Otero, Ernesto Cardenal, Mario Vargas Llosa, Luis García Montero, Almudena Grandes.

A partir de los impulsos desde la Reforma Liberal, que inicia en 1876 con los principales ideólogos –Marco Aurelio Soto como presidente y Ramón Rosa como Secretario General del Gobierno– se constata una época de puente para una interesante estructura que fomentará la educación y las letras. Con ello, se inicia el despliegue intelectual que fortalecería las bases de una literatura nacional con evidentes rasgos y características de movimientos universales. Así es como desde finales del siglo XIX contamos con figuras que han marcado una constante nacional y han alcanzado difusión internacional; sobresalen nombres iniciales como Ramón Rosa, Juan Ramón Molina, José Antonio Domínguez, Lucila Gamero de Medina, Fausta Ferrera, Froylán Turcios, Rafael Heliodoro Valle, Luis Andrés Zúñiga. Para la llamada época del cariato³ sobresalen nombres como Marcos Carías Reyes, Samuel Díaz Zelaya, Arturo Martínez Galindo, Carlos Izaguirre, Vicente Cáceres, Jesús A. Paz, Horacio Moya Posas, Antonio Bermúdez Meza, Clementina Suárez, entre otros.

En palabras de Althusser, la literatura nos provee de una particular relación imaginaria con lo real; por tanto, la apuesta temática socio-histórica nacional es diversa: desde la inconformidad que el aparato gubernamental genera (guerras

- 2 Por su importancia remitimos a la colección publicada recientemente bajo el sello de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras con los títulos: *América Central en la mirada extranjera: exploradores y viajeros entre 1845-1898*, I y II (2016, 2018); *Viajeros por Honduras en el siglo XX (1927-1943)* en 2018; en donde se destacan viajeros que describieron pasajes representativos de la cotidianeidad, asimismo, la belleza natural, rural y urbana del país, entre ellos W. Von Hagen, Jeger Von Siver, Richard Harding Davis, Efrain Squier, George Byron Gordon y Aldous Huxley.
- 3 Período de gobierno dictatorial bajo el mandato del general y abogado Tiburcio Carías Andino, abarcó dieciséis años de 1933 a 1948. Este es un período de baja publicación libresco debido a las tensiones entre las autoridades y los escritores. Para muchos investigadores, según J. González «durante la dictadura, la producción intelectual se convirtió en un desierto, en un enorme cementerio donde la palabra no se movía ni se angustiaba» (10).

civiles, dictadura, expropiación de la tierra); el patriotismo con la carga identitaria para formar una estructura civil coherente con la nación que se añora; las compañías bananeras, primera diáspora de suma importancia para la historia y el despliegue intelectual del momento; la condición del criollo y del indigenismo relegado, la condición de la mujer y su papel en la sociedad, el ambiente familiar y social (machismo, costumbres, valores y contravalores); y el canto permanente a la patria, entre otros más, podría decirse que han dado lugar a segmentar la literatura de acuerdo a esos momentos históricos.

De esa representación serían los versos de Olimpia Varela y Varela «¡Tierra mía, morena / que me vieras más tarde / partir serena, / llevando por bagaje / solo mis sueños / con los que fui forjando / uno por uno / los recios eslabones / de mi destino!» (128). Los de Ángela Valle en el poema “Los desheredados”: «Grande es la tierra, sin embargo, no es nuestra / Tú y yo desposeídos vagabundos que sueñan / jamás hemos tenido ni siquiera una parcela / para fijar el nido y arraigar en ella. / ¡Oh! Tal vez nuestros hijos amarían más la patria / conscientes y seguros, si nos perteneciera / un huerto familiar, girando con la esfera». (238). También en “Cómo te amo patria”, Eva Thais: «Aquí estaré segura ¡Patria! / En cada pino que agigante sus montañas. / Te veo entre todas las banderas, / sobre tersura jade de las demás naciones. / Cuando los hombres, en cráteres luminosos, / –alma de los poetas– descansen con firmeza, / sobre el dorso plateado de la luna» (272).

Entre algunos títulos imprescindibles de la Honduras literaria encontramos⁴: *Angelina*, *Blanca Olmedo*, *Tierras*, *Mares y cielos*, *El Vampiro*, *Sombra*, *Humus*, *Ceniza*, *Peregrinaje*, *La rosa intemporal*, *Creciendo con la hierba*, *Corazón sangrante*, *Mitad de mi silencio*, *Prisión verde*, *Calendario negro*, *El arca*, *Los pobres*, *La balada del herido pájaro*, *El cuento de la guerra*, *Las órdenes superiores*, *Sombras del blanco día*, *Sin olvidar la humillación*, *Los hombres verdes de hula*, y continúa la extensa lista con sugerentes títulos que presentan una aproximación a cómo los escritores han concebido la realidad a través del tiempo desarrollando así nuevas prácticas culturales desde donde soñar la patria, pues las utopías nunca se desvanecen, al contrario, solo se intensifican con las exigencias colectivas y del Estado.

En la narrativa hondureña ronda la polémica en torno a dos escritores insignes: en cuanto a la primera novela, algunos afirman que fue *Angelina* (1899) de Carlos F. Gutiérrez; otros, que fue *Adriana y Margarita* (1897) de Lucila Gamero de Medina. Nery Gaitán afirma que, «estos fueron, quizás, los prime-

4 Cf. Juan Antonio Medina, *Historia General de la Literatura Hondureña y glosario de términos literarios*.

ros intentos formales de creación narrativa en el siglo XIX, incluyendo algunos trabajos dispersos de Marco A. Soto, Ramón Rosa, Juan Ramón Molina y Froylán Turcios, entre otros» (82-83). Respecto al cuento, para este mismo autor, la primera en publicar en diarios y revistas fue Lucila Gamero de Medina y se debe a Carolina Alduvín el acucioso trabajo de investigación y recopilación de la mayoría de sus cuentos (83), los que fueron publicados en formato de libro en 1997. En este sentido, para Atanasio Herranz, el primer cuento hondureño es “El cuento sin nombre” publicado en el periódico *La Paz* el 24 de agosto de 1881 de Carlos F. Gutiérrez. También sostiene que, asimismo se manifiesta que el primer cuento reconocido oficialmente fue “La campana del reloj” de Rómulo E. Durón quien ganó en 1906 un sonado concurso en Tegucigalpa por motivo de la inauguración de la Biblioteca Nacional en su nuevo edificio.

Ada L. Pineda afirma que Raúl Arturo Pagoaga sostiene la tesis de que la pionera en la poesía femenina es Ana Irbazú de Guardiola (1825-1903). La obra de Irbazú se desconoce, pero algunos de sus primeros poemas fueron publicados en la *Gaceta Oficial* en 1865 (9). Es Clementina Suárez quien en 1930 publica el primer libro poético, *Corazón sangrante*. Para Juan A. Medina, Manuel Molina Vijil (1853-1883) como poeta de la primera etapa de una generación romántica «constituye el exponente más significativo; se unen a él, en el manejo específico del verso: Joaquín Díaz, Jeremías Cisneros, Guadalupe Gallardo, Lucila Estrada de Pérez, y Carlos F. Gutiérrez» (26). Jorge Amaya afirma que «el poeta cubano José Joaquín Palma fue considerado el “maestro y mentor” de esos primeros bardos hondureños, como Manuel Molina Vijil (1853-1891) y José Antonio Domínguez (1869-1902), sin duda escritores “fundacionales” de la poesía nacional» (55).

La impronta del periodismo

Es innegable que la prensa escrita a partir de la instauración de la Reforma Liberal cumple el papel de divulgación con intensidad, pues se impulsaba la construcción de la nueva nación desde diferentes apuestas. Es hasta 1892 cuando aparece el primer periódico literario, según José González, llamado *El Guacarique* bajo la dirección de Juan M. Cuéllar y Ramón Rosa como redactor en jefe. De los destacados intelectuales en esta labor patrioter sobresaen prominentes figuras como Rómulo E. Durón y Froylán Turcios, que al igual que casi todos los intelectuales de la época, allende de Honduras, poseían esa habilidad genuina para participar en el ruedo educativo y políticamente en las administraciones de los gobiernos de turno. No obstante, esta es una franja oscura en el quehacer político e intelectual del país, ya que finalmente al concluir los períodos

y haber cambio de mandato, o durante el mandato de algunos, los escritores fueron blanco fácil de la represión, “no había tregua”. Nombres como Augusto C. Coello, Alfonso Guillén Zelaya, José R. Castro, Ramón Amaya Amador, Graciela Bográn, Jacobo V. Cárcamo, entre otros, “calzaron las sandalias del peregrino”, según J. González (7 y siguientes).

Con este panorama político, adverso para los escritores que no promulgaban con el régimen, los periódicos y revistas constantemente eran amenazados o censurados, por eso, muchos tuvieron una vida efímera y otros en un segundo intento fueron restablecidos en algún momento de quietud. Entre los títulos sugestivos de revistas figuran: Tegucigalpa, Germinal, Vida, Esfinge, El pensamiento, Ariel, Arte y Letras, Renovación, Juventud Hondureña, Revista Nueva. Se juntan las revistas informativas y literarias lideradas por mujeres, ya entrada la década de 1930: Mujer, La voz de Atlántida, Alma Latina, Atenea. Mujer americana.

Los periódicos eran influyentes figuras que pretendían masificar la palabra escrita para la comunicación de los ideales nacionales. Entre muchísimos más que proliferaban en las principales ciudades sobresalen, bajo la coordinación de prominentes intelectuales: La República, El diario de Honduras, La Paz, diario el Tiempo, El cronista, El Herald, El Alfiler, Comayagua, el Ideal, Excelsior, El eco libertador, El Piloto (algunos eran oficialistas). Es importante subrayar que sin el compromiso intelectual y espiritual de los afanosos escritores, el rescate de muchas publicaciones en revistas y periódicos no hubiera sido posible. Actualmente esta labor ha continuado con los poetas Óscar Acosta y José Antonio Funes; este último salva del inclemente olvido la novela modernista de Froylán Turcios, *Almas trágicas*, publicada por entregas en 1900 en el Diario de Honduras.

Tanto los escritores que seguían las tendencias del romanticismo, el modernismo y el posmodernismo eran poseedores de un garbo verbal proveniente de su formación intelectual y de intensas lecturas universales⁵, se apegaban a ciertos cánones que pretendían fortalecer el nacionalismo impulsado desde el idioma. Es notable lo expresado por el Conde de Chestre, director de la Real Academia Española, en una carta dirigida al presidente Marco A. Soto con motivo de anunciarle su incorporación como académico honorario de esa institución

5 «Pienso que Juan Ramón Molina poseía una inclinación favorable hacia la filosofía, razón por la cual citaba nombres de autores de esta disciplina universal. Pero creo que algunos nombres fueron mencionados por salir del paso. Sin embargo, debemos reconocer que había leído apasionadamente los libros de Friedrich Nietzsche, y que para defenderlo citaba, contradictoriamente, los nombres de Von Goethe, Guillermo Hegel e Immanuel Kant» (Infante s.p).

en 1883, único presidente con esta distinción, pues la política cultural oficial tomaba medidas extremas. Según Óscar Acosta, después de que Soto decretara que se enseñara el idioma español de acuerdo a los preceptos de la última *Gramática* (1880) y que, además, todo el aparato gubernamental debía ajustarse en aras de velar por “la pureza y el esplendor” del idioma, este director escribía:

Todas las naciones que tienen por lengua nativa la de Castilla, bien que diferentes en el orden político, forman una sola patria literaria; todas llaman suyos con fundado motivo a Cervantes y Alarcón, a Quintana y Bello; todas deben procurar que se conserve íntegro y puro el idioma, que es signo sagrado de su carácter, instrumento de sus más nobles alegrías, agente efficacísimo de su gloria, prenda de su independencia (s.p.).

En este sentido, Juan Ramón Molina en el texto *Honduras literaria*, en alusión a la obra antológica, se refiere: «[...] escritores que como Ramón Rosa. Manejan el habla de Castilla hasta el extremo de que sus estilos semeje uno como repiqueteo de campanillas de oro o ruido de chorros de perlas cayendo en ánforas de cristal» (117).

Desde luego, había entre los intelectuales ese andar identitario a través de la lengua propia como instrumento de la conformación de imaginarios nacionales, lengua que se entremezcló desde sus orígenes con las lenguas vernáculas. Además, la publicación del emblemático *Diccionario de Hondureñismos* de Alberto Membreño en 1895 fortalece esta conformación de identidad; como apuntaba Saussure, la lengua es un producto social, conjunto de convenciones necesarias. Por ejemplo, Ramón Rosa en “Mi maestra escolástica”:

Ya vestido y “emperendengado”⁶, me dieron mi chocolate con “mascadura”. Entonces no se tomaba café. Se tomaban tragos... al decir de las viejitas, se entiende, de chocolate. El café se recetaba para curar las indigestiones y dolores de estómago [...] Apelé a la fuga, pero Julián me cortó la retirada, me echó sobre sus hombros, o me cargó “a tuto”, como se dice en esta tierra, y todo fue concluido (350).

Actualmente el estado de la literatura hondureña, con mayor énfasis en el cuento y en la poesía, presenta un inventario importante de escritores y escritoras que desde el terruño y desde los diferentes rincones del mundo ejercen el oficio a través de la palabra transgresora que confronta, alienta, persuade o disuade esa realidad mundo-hombre. Mario Gallardo, en referencia al cuento fantástico, afirma que las pocas manifestaciones en Honduras han cumplido un papel fundamental: «cuestionar desde su original enfoque, los lugares comunes

6 Las comillas son de la autora de este artículo.

[...] a la vez que han posibilitado nuevas vías de acceso para la comprensión y la crítica de fenómenos esenciales del contexto nacional» (66). Fausto L. Henríquez al referirse a la nueva generación de poetas hondureños emite cinco criterios como denominador común en las obras de estos, entre ellos: conciencia ética de hacer bien su trabajo creador, una actitud crítica ante la realidad y a su influjo en la poesía, y una aproximación a la tradición universal y nacional (75), también afirma que la poesía hondureña actual, tiene serios desafíos. Asimismo, hace alusión a los poetas que sustentan la idea de que Honduras es un país “poesible”. Entendemos que es el sueño a alcanzar, la utopía permanente de la transformación nacional desde la contribución de las palabras.

Las actuales tendencias literarias muestran, entonces, una variada gama de gustos estéticos que van desde la búsqueda interior y la reflexión filosófica, el no distanciamiento de lo popular y el intelectualismo academicista, el retorno al pasado histórico y el enfoque futurista con el alumbramiento exigido por la globalización y las tendencias tecnológicas, la constante problemática social y el intento imposible de romper con el aparato estatal, pues se convierte como la figura de Sísifo en la sociedad. Todo esto respalda la literatura hondureña, universal desde siempre, punta de lanza para explorar los más recónditos pasajes de la postal histórico-cultural del país.

Obras citadas

- Acosta, Ó. (2018): Marco A. Soto, único gobernante hondureño socio de honor de la RAE. Recuperado de <https://www.latribuna.hn/2018/04/28/marco-soto-unico-gobernante-hondureno-socio-honor-la-rae/>. (Visitado el 30/11/ 2020).
- Amaya, J. (2009): *Historia de la lectura en Honduras: libros, lectores, bibliotecas, librerías, clase letrada y la nación imaginada en honduras. 1876-1930*. Tegucigalpa: Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán.
- Cañeque, C. (1995): *Conversaciones sobre Borges*. Barcelona: Destino.
- Gaitán, N. A. (2002): Índice bibliográfico del cuento en Honduras. *Revista de la Academia Hondureña de la Lengua*, 6, pp. 73-106.
- Gallardo, M. (2005): Códigos y contextos del relato fantástico en Honduras. *Revista de la Academia Hondureña de la Lengua*, 13, pp. 53-67.
- González, J. (2008): *Cronología de la literatura hondureña del siglo XX*. Tegucigalpa: Instituto de Antropología e Historia.
- González, J. (2013): El Guacerique, primer periódico literario de honduras, 1892. Recuperado de <https://josegonzalezparedes.blogspot.com/2013/>. (Visitado el 1/12/2020).
- González, J. (2016): *Cariás y los intelectuales de su época (1933- 1948)*. Tegucigalpa: Guardabarranco.
- Henríquez, F.L. (2005): Figuras: tendencias de la poesía actual hondureña. *Revista de la Academia Hondureña de la Lengua*, 13, pp. 67-75.
- Herranz, A. (1983): *Antología. Introducción al estudio de la Literatura Hondureña*. Tegucigalpa: Guaymurás.

- Huxley, A. (2001): Literatura y ciencia. En F. Vidal, Sorkunde. *Elogio de la literatura* (pp. 171-184). *Revista de Psicodidáctica*, 12.
- Infante, S. (2020): Rodeando la prosa de Molina. Recuperado de <https://www.latribuna.hn/2020/11/08/rodeando-la-prosa-de-molina/>. (Visitado el 20/2/2021).
- Martínez, S. (1970): *Francisco Morazán frente a la historia*. Tegucigalpa: Calderón.
- Medina Durón, J. A. (1995): *Historia General de la literatura hondureña y glosario de términos literarios*. Tegucigalpa: Lithopress.
- Molina, J. R. (2000): Honduras literaria. En J. R Molina, *Tierras, mares y cielos* (p. 117). Tegucigalpa: Graficentro.
- Pineda, A. L. (1998): *Honduras, mujer y poesía: antología de poesía hondureña*. Tegucigalpa: Guardabarranco.
- Rosa, R. (1904): Mi maestra escolástica. *Revista del Archivo y de la Biblioteca Nacional de Honduras*, I, p. 350 y siguientes.
- Suárez, C. (1998): Tardé mucho en saber lo que era patria. En *Honduras, mujer y poesía: antología de poesía hondureña* (p.177). Tegucigalpa: Guardabarranco.
- Thais, E. (1998): Cómo te amo patria. En *Honduras, mujer y poesía: antología de poesía hondureña* (p. 272). Tegucigalpa: Guardabarranco.
- Valle, Á. (1998): Los desheredados. En *Honduras, mujer y poesía: antología de poesía hondureña* (p. 238). Tegucigalpa: Guardabarranco.
- Varela y Varela, O. (1998): Tierra de mis mayores. En *Honduras, mujer y poesía: antología de poesía hondureña* (p. 238). Tegucigalpa: Guardabarranco.